

EL DIOS QUE HABITA LA ESPADA

JOSÉ SOTO CHICA

EL DIOS QUE HABITA LA ESPADA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: marzo de 2021

© José Soto Chica, 2021
© de la presente edición: Edhasa, 2021
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6377-7

Impreso en Liberdúplex

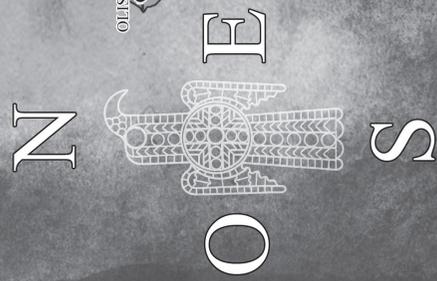
Depósito legal: B 2840-2021

Impreso en España

Para Kenza, que habita en mi corazón y que,
con su sonrisa, convoca luceros para mí.

HISPANIA A FINALES DEL SIGLO VII

FRONTERA DEL DOMINIO VISIGODO
 LÍMITES PROVINCIALES EN 680
 LÍMITES PROVINCIALES ROMANOS
 CIUDADES



Prólogo

Corduba, Hispania, A. D. 551

Llovía. Agua fría en un atardecer de acero. Agua mezclada con sangre. El caos y la tormenta. La desesperación y la destrucción de un ejército.

Agila, el rey, gritaba órdenes sin descanso mientras, a su alrededor, los hombres caían. Desde las azoteas de las casas y desde detrás de las ventanas, los arqueros disparaban sin cesar, y desde todas y cada una de las calles volaban piedras y venablos lanzados por hombres furiosos que, espada o cuchillo en mano, se abalanzaban a matar como posesos.

Había mucha rabia allí. Esa misma mañana habían entrado en Corduba como vencedores. Después de que el senado de la ciudad doblara la cerviz, Agila, *rex gothorum*, había irrumpido a caballo en las iglesias y palacios de la ciudad sometida. Luego... Luego, sin saber muy bien por qué, todo se fue al infierno. Brotó una chispa en la mente de alguno de los humillados, y lo que había sido miedo y derrota se transformó en odio y furia, y los que habían entrado como conquistadores se vieron rodeados, acuchillados, derribados de sus caballos, pisoteados, despedazados...

Y entonces comenzó a llover. Sangre y lluvia sobre las viejas calles de Corduba. ¿Y ahora? Ahora sólo trataban de sobrevivir, y para ello había que salir de aquella ciudad transformada en maldición.

Gritos. Muerte. Sangre. Lluvia. Se abren paso a fuerza de lanza y espada. Los caballos resbalan sobre las empavesadas calles y caen al suelo relinchando y coceando. Los hombres maldicen y alzan sus escudos para protegerse. No todos lo logran. Muchos aúllan de dolor, otros lloran en el suelo mientras tratan de sujetarse las entrañas y la vida.

Ya están en el viejo foro. Vieja gloria arruinada teñida de nueva sangre. Más y más cordubenses se suman al combate. En el torbellino de muerte, ya sólo se piensa en salir de allí con vida. Con vida, y con el tesoro real.

No va a ser fácil. Un venablo hiere en el cuello al caballo del rey. La bestia se detiene en seco. Tiembla espasmódicamente y se derrumba. Pero llueve tan fuerte y gritan tanto los hombres en torno del caído monarca, que el relincho del gran bruto y los gritos de Agila se pierden en el tumulto.

El hijo del Rey ve cómo cae su padre y corre a ayudarlo. Pero es aún un muchacho. Tan sólo eso. Una flecha lo alcanza en la garganta. Y muere.

Valtario lo ve. Es amigo del príncipe desde que puede recordar, así que tarda en comprenderlo: se está ahogando en su propia sangre. El muchacho trata de sacarse la flecha de la garganta. Sus ojos desencajados reflejan el pánico y la desesperación. Su boca es un silencioso y rojo grito. Valtario corre hacia él. Los dos tienen la misma edad, trece años, y no es edad de morir. Pero se muere. Siempre se puede morir.

Valtario se postra junto a su amigo. A su alrededor, la batalla ruge; se pelea y se mata con saña y fiereza. Pero su amigo está muerto, y él grita su nombre y lo acuna entre sus brazos. Cerca, Agila también grita y llora, desesperado e impotente, inmovilizado bajo el peso de su montura muerta mientras contempla cómo su hijo agoniza sin que él, el poderoso Agila, rey de los godos, pueda hacer nada por impedirlo.

Al fin, uno de los gardingos del rey logra llegar hasta ellos, y alza el escudo para protegerlo. Pronto se le unirán más hombres, que rápidamente forman un muro de escudos. Mientras sacan al rey de debajo de su caballo, no cesan los gritos pidiendo una nueva montura, y más y más soldados se suman a la defensa en torno a Agila.

Valtario sigue junto a su amigo. ¿Está llorando? No, él, Valtario, no llora, nunca lo hace. Él es el hijo de Walia el Fuerte y no puede llorar. Llueve. Sí, eso es, lluvia que le moja la cara y sangre que le empapa la túnica, las calzas y las botas. Sí, todo eso y los ojos inmensos de su amigo, abiertos y sin vida.

–¡Proteged al rey! ¡Proteged al rey!

Quien grita es precisamente su padre, Walia el Fuerte, gardingo real, hombre del rey. Lo empuja con brusquedad, obligándolo a ponerse en pie.

–¡Arriba, Valtario! ¡Al caballo! ¡Y deja de llorar! ¡Vuelve a montar, te digo!

Los gritos de su padre se sobreponen a la locura y la manzana. Su padre siempre sabe lo que hay que hacer. Su padre es más fuerte que nadie. Su padre nunca le fallará. Su padre nunca morirá.

Alguien agarra la brida del nuevo caballo para el rey. Agila resopla al tratar de encaramarse al lomo de la montura. El rey llora. Lloro por su hijo muerto, por la humillación y la derrota. El caballo se alza sobre los cuartos traseros. Tira fuerte de las riendas; a su alrededor vuela la muerte, y en su pecho se agolpan el miedo, la pena y la furia.

–¡Matadlos a todos! –aulla el rey mientras le acercan un nuevo escudo y una lanza.

Las calles están abarrotadas de las monturas caídas, de hombres agonizantes o pálidos como la cera y de muchos más que se matan o mueren.

Un grupo de cordubenses carga sobre la guardia. Los hispanos superan a los godos. La lucha es salvaje, y el agua ahora no cae con suficiente fuerza como para lavar tanta sangre. Pronto los cordubenses alcanzan los carros del tesoro real.

Lluvia, sangre y oro reluciente a la luz pálida de la tarde gris. El oro de Roma y Jerusalén. El oro de cien, de mil ciudades. El oro que se fue acumulando durante siglos en el Forum Pacis de Vespasiano, en los santuarios capitolinos de Roma y en sus innumerables palacios y templos, hasta que, ciento cuarenta y un años atrás, los visigodos de Alarico lo tomaron y ahora, allí, en Corduba, van a perderlo.

Los mulos que tiran de los carros son desjarretados. Las bestias abren empavorecidas los ojos y una a una se desploman junto a los guardias y conductores de los carros, en una confusión sangrienta de cuerpos entre la que se abren paso los asaltantes a base de hierro y rabia.

El tesoro de un reino es su esencia. Los godos llevan arrastrando el suyo por medio mundo desde los tiempos del primer Alarico. En él está su pasado y habita su futuro...

De alguna manera, a fuerza de valor y desesperación, los godos logran romper las líneas para nueve de los carros y volver a uncirlos a un puñado de enloquecidas bestias. Pero los últimos tres sucumben bajo un aluvión de enemigos; hombres triunfantes que desgarran las telas que cubren los carrago y que revientan a hachazos los arcones repletos de oro, de piedras preciosas y objetos maravillosos.

El oro reluce bajo la lluvia y se mancha de sangre. Entonces, los hispanos alcanzan el décimo carro. Al dejar a la luz las maravillas que oculta, es como si un rayo áureo y esmeraldino quebrara el gris del atardecer. A la vista de todos queda el *missorium* de quinientas libras de oro cuajado de esmeraldas y granates que el Patricio, y tres veces cónsul, Flavio Aecio regalara cien años atrás al rey Turismundo en agradecimiento por combatir a su lado contra Atila, rey de los hunos. Y también algo aún más rutilante si cabe, sagrado y antiguo: la fabulosa mesa del rey Salomón; aquella que Tito llevara a Roma desde el Templo de Jerusalén y que Alarico el Conquistador tomara de la derrotada Roma. Dura sólo un instante; un segundo en mitad de la locura, bajo la lluvia y la muerte. Luego, un rayo, y un trueno y, en ese mágico, fugaz y celestial parpadeo, cuando más enceguecedores son los destellos del oro y las gemas, Valtario, hijo de Walia, levanta la mirada y contempla el esplendor del tesoro de los godos.

De repente, un caballo empuja al suyo y un enloquecido hispano se mete bajo su montura y la destripa.

Valtario cae con un grito de terror, y un hombre lo agarra del pelo y le echa la cabeza hacia atrás para degollarlo. Tiembla, al sentir el filo cortante del cuchillo en la garganta, pero, al momento, la cabeza del hombre le cae encima y su sangre le llena la boca abierta.

—¡Aquí, Valtario, aquí!

La mano izquierda de su padre es todo lo que ve. Eso, y la espada enrojecida que porta en la diestra.

Valtario se agarra de la mano de su padre, y éste lo iza a la grupa de su gran caballo de batalla. El animal relincha y corcovea;

pisotea, empuja, aplasta y derriba enemigos al tiempo que la espada roja relampaguea y mata bajo la lluvia fría.

Nada más. Tan sólo más lluvia, más sangre y más lucha brutal y desesperada por las calles de Corduba. A cada paso cae un pariente atravesado por una lanza, muere un amigo destripado por una espada o se desangra un compañero cosido a puñaladas.

Pero lo logran. Unos pocos lo logran. Unos pocos salen de la ciudad. Aunque rotos, derrotados, humillados, sin aliento, sin honor, sin tesoro.

Bajo las emplomadas nubes huyen a galope como perros apaleados, siguiendo a un rey que desde ese día, tras la derrota, queda maldito y sentenciado.

Esa noche de marzo tuvo su primera pesadilla. Su amigo, el príncipe, se ahogaba en sangre, mientras él, Valtario, hijo de Walia, lloraba bajo la lluvia sin poder hacer nada.

Cada noche, desde entonces, la misma pesadilla vendría a buscarlo. Sí, y con ella, su amigo, la lluvia, las lágrimas, el sabor a sangre llenándole la boca y la muerte pronunciando su nombre.

Capítulo 1

En algún lugar de Hispania, marzo de 568

Amanece. La tierra tiembla y el nuevo sol trae a la muerte de la mano. Un trueno se acerca. Ahora puede distinguirlo. Veintiséis hombres a caballo, veintiséis guerreros cubiertos de hierro y cuero, lanzas en mano y un alarido salvaje pidiendo sangre. Su sangre. La que ahora late en sus venas y ellos quieren derramar.

—¡Ahora! —grita, y talonean los flancos de sus caballos.

El acero recoge el fulgor del nuevo amanecer y los gritos de guerra. Comienza una nueva jornada roja.

La lanza le alcanza en el costado; el filo desgarras su cota de malla y el cuero que hay debajo. Es un buen golpe. Pero su enemigo no le dará otro. Empuja hacia delante su propia lanza y la moharra le destroza la boca. Saltan los dientes, se quiebra el hueso y la sangre y los sesos se aúnan en un violento estallido.

Por todas partes se combate. Un torbellino de espadas y lanzas. Hombres de dos facciones, de dos linajes que se odian y se matan desde hace dos semanas. La faita, la venganza de sangre, exige su precio.

Otro hombre lo ataca con la espada. Lo golpea de refilón en el yelmo, y entonces se le nubla la vista y nota la boca llena de sangre. Se ha mordido la lengua. Aturdido, escucha lejanos los gritos de júbilo y odio de su rival; blande a ciegas la lanza con desesperación y se echa hacia atrás en su montura. El caballo de guerra es veterano en estas lides y retrocede corcoveando. Una vez más, el noble bruto le ha salvado la vida.

Ahora puede ver de nuevo. Su enemigo se le echa encima. Pero ha perdido su oportunidad. Los caballos se empujan y se muerden entre sí, y ambos jinetes pugnan por mantenerse sobre

la silla. Arroja la lanza y falla, pero también falla su enemigo. Ahora tiene en la mano su mejor arma: la larga espada de su padre. Acero, plata y muerte roja.

Con un golpe devastador, destroza el hombro del perro que ha estado a punto de matarlo y que ahora cae chillando del caballo. No hay piedad. Nunca la hay. Su montura pisotea al caído, y él se inclina para destrozarle el rostro con un nuevo tajo.

La batalla ha terminado. Ha sido fugaz. Huyen, dejando tras de sí seis muertos. Cuenta cuatro entre los suyos. Poco a poco los bucelarios y sayones se arraciman a su alrededor. Aquellos hombres fuertes tiemblan de miedo contenido, pero también de excitación y de bélico júbilo desatado.

El día termina de romper. Un nuevo día en Hispania. Un nuevo día en un reino de locos. Un reino sin rey.

Escupe sangre al suelo. Se quita entonces el yelmo y agita los cabellos. Contempla los campos y el bosque cercano. El mundo es hermoso; la vida es hermosa... «¿Por qué tanta lucha?», se pregunta, y al instante suelta una larga y salvaje carcajada que de inmediato convoca a las de sus hombres. En realidad, conoce la respuesta: son hijos de un Dios furioso. Son godos. Malditos y altaneros godos. Siempre dispuestos a combatir y a derramar su sangre y la de los demás. Siempre ha sido y siempre será así. Desde los lejanos días en que bajaron del sombrío norte para combatir a los romanos, hasta estos días presentes en que se matan entre sí.

«Somos hijos de un Dios furioso. Un Dios que habita en una espada», recuerda las palabras de su padre. Sí, su padre, que ahora yace inmóvil y frío bajo la tierra. Valtario tiene treinta años y una cuenta pendiente que saldar.

—¡Tras ellos! —ordena a voces.

Y la locura de la batalla vuelve a enronquecerle la voz.

Cabalgan. Ahora son veinte hombres los que cabalgan por los campos cubiertos de escarcha, a través del bosque sin hojas, como en una pesadilla. Los pueden ver. Los tienen delante, a poco trecho. Son hombres que huyen, hombres muertos que cabalgan sin esperanza.

Un riachuelo de aguas frías. El mismo que marca el límite entre los dos linajes. Y más y más campos, mientras el sol sigue al-

zándose en el cielo claro. Los caballos se cubren de espuma, y ya no le sangra la lengua. La pesadilla de sus enemigos los alcanza inexorable, implacablemente.

Ahí están. Se detienen. Se revuelven. La muerte es todo lo que les queda. Han llegado a su hogar... Una vieja villa romana, cabañas de madera, una torre, un cercado, graneros, una herrería, un establo... Un hogar. Un lugar semejante a otros muchos. Ahora, un lugar donde morir y donde el pánico se alza en estos momentos como único señor.

Entrechocan las armas. Alaridos, gritos de batalla y muerte, maldiciones y ofensas, pero también chillidos de mujeres asustadas que ven morir a sus hombres y de siervos que huyen a través de los campos; y llantos de niños y ladridos de perros. Sangre, miembros, vísceras... Muerte por doquier. Y un fuego; un fuego que prende sobre el tejado del establo, y entonces se alzan los enloquecidos mugidos de las vacas. Fuego, sangre y miedo; y más muerte. Una mujer cae atravesada por una lanza, un niño decapitado, un hombre llora mientras trata de sujetarse los intestinos. Siempre la muerte. Jubilosa, cruel, codiciosa muerte...

El señor del lugar, el hombre que mató a su padre a traición, está frente a él. Pretende intimidarlo antes de atacar. Es un revoltijo de ojos desencajados y boca abierta en un alarido que parece eterno y pétreo. Suelta un grito de rabia, de locura, de agonía... Valtario es el lobo y el cuervo, y la piedad nunca susurra en su oído. Su espada se abalanza una y otra vez sobre su enemigo hasta convertirlo en un despojo roto, en un estertor encarnado, en un sangriento silencio.

Ya cae la tarde. Todo ha terminado. La muerte está ahíta, y él se siente cansado. La falta, la venganza, está cumplida. Su padre debe de estar sonriendo... Valtario sabe que eso no debería pensarlo un buen cristiano, pero él no es un buen cristiano. Puede que, incluso, no pueda ser nada bueno. Pero tampoco le importa.

Se inclina sobre el cuerpo del señor del lugar y le quita el pesado collar de oro y una áurea fíbula romana en forma de grulla adornada de esmeraldas. Se alza con el botín. Contempla el cadáver un momento, y luego le escupe. Entonces su mirada se detiene en la mano mutilada, y un destello atrae su atención.

Se inclina de nuevo y extrae de un dedo un ensangrentado y pesado anillo de plata. Es un hermoso y antiguo trabajo: dos fénix flanquean los costados del anillo coronado por un oscuro carbúnculo. Valtario frota la enigmática joya y, en un inesperado impulso, se la coloca en el índice de la mano derecha.

Levanta entonces la mirada y mira el lugar de la batalla. Luego camina entre los muertos... Está cubierto de sangre seca. Ha perdido a cuatro hombres y otros tres están heridos de gravedad. De repente, tiene ganas de llorar. No lo hará. Nunca lo hace. Nunca lo hará... Nunca volverá a hacerlo.

Emprenden el camino de vuelta entre las sombras de la noche, arreando ganado y una cuerda de cautivos. Tras ellos dejan a la muerte, y al fuego, y al olvido. Pero Valtario no puede olvidar. Ahora Valtario es el nuevo señor. Valtario, hijo de Walia, hijo de Ariarico, hijo de Cniva, hijo de Aorico, hijo de Valtario, hijo de Saros, hijo de Teudón, hijo de Vidar... Y todos, todos y cada uno de ellos, hijos del Dios furioso.

Capítulo 2

Toletum, noviembre de 568

Gosvinta está sentada en una gran silla cubierta de pieles y púrpura. Es reina, es hermosa y está furiosa. Pero ya no es una mujer joven, y tiene frío. Se arrebujaba en el pesado manto de armiño y cierra los inmensos ojos verdes. Recuerda cuando no estaba sola, cuando vivía su esposo y sus hijas se ocultaban tras sus faldas. Sus hijas... Sólo le queda una, Brunequilda, que también es reina y que, como ella, está rodeada de hombres brutales y necios. Su otra niña, su pequeña Galsvinta, ya murió; pobre niña casada con Chilperico, rey de Neustria, hombre mezquino y salvaje, amante de una prostituta y compañero del diablo. Un demonio que no dudó en mandar asesinar a Galsvinta. «Pagará con sangre la sangre de mi niña...», se dice.

Pero ahora tiene que pensar en el reino. En estos tiempos de espada, una reina sin rey no es nada. Y se siente furiosa. Furiosa porque no será ella quien elija al nuevo rey que gobernará Hispania, sino ese idiota de Liuva, al que, a regañadientes, hubo de entregar la corona del *rex gothorum*.

No tuvo alternativa. Cuando su esposo, Atanagildo, falleció, los nobles se despedazaron entre sí como perros furiosos en pugna por la corona. Para el reino, débil, una nueva guerra civil hubiera significado su fin. Por eso Gosvinta buscó una solución de compromiso: ofrecer la corona a un noble de la lejana Galia Narbonense: Liuva, el primero de su nombre. Ahora él es el rey, y le ha hecho llegar una carta en la que se limita a informarla de que su hermano, Leovigildo, gobernará como corregente en Hispania y será su nuevo esposo. Así, sin más. Liuva la ha prometido en matrimonio y, de paso, colocado a un nuevo rey para Hispania.

La rabia crispa su semblante, y cierra los puños; nota cómo se le clavan los anillos. Arruga el papiro con el sello del rey Liuva. Se casará, sí, pero no será ese Leovigildo, sino ella, quien gobierne. Para Leovigildo, la espada; y para ella, el verdadero poder. Él será su soldado, su instrumento, y ella será la mente y la voluntad del reino. Así fue durante los años de su difunto esposo, el rey Atanagildo, y así volverá a ser cuando comiencen los días del nuevo rey de Hispania.

Ella es Gosvinta. Gosvinta la Bella. Tan fuerte como la piedra que cubre los muros del Palatium. Sabrá imponerse. Aún es hermosa, y los hombres no saben pensar cuando una mujer hermosa los mira a los ojos. Leovigildo ya tiene esposa, pero ¿importa eso? A nadie le importa. La desafortunada será apartada, y Leovigildo llegará hasta ella impaciente como un cachorro. Cachorros... Leovigildo tiene dos. Dos varones. Serán un estorbo. Tiene que tener presente eso...

Pero ahora hace mucho frío, y está furiosa, y se puede permitir pensar en otras cosas. Aún falta para que ese Leovigildo llegue a Toletum y, mientras eso no ocurra, ella, Gosvinta, es la reina de la tierra. Y una reina juzga y condena.

—El señor Valtario aguarda. —Le informa su secretario.

Gosvinta ni siquiera lo mira. Se limita a asentir con su áurea cabeza, e inmediatamente los guardias dan paso a un hombre alto, de largos miembros y ancho pecho; pálido, de cabellos y barba oscuros como ala de cuervo y ojos azules y fríos. Valtario, hijo de Walia. Ella amó a Walia. En otro tiempo, en otro mundo, el padre de ese hombre recio y fornido que tiene ante ella la enamoró. Cuando ella era una chiquilla de catorce años y aún tenía sueños. Ahora no puede soñar.

—Se te acusa de haber sembrado la muerte y la destrucción; de haber roto la paz del reino; de haber dado muerte a Oppas, hijo de Gunterio, y a muchos de sus sayones, bucelarios, campesinos y siervos. Se te acusa de robar su ganado y sus esclavos, de llevarte sus mujeres y de quemar su casa y dejar insepulto su cadáver y los de sus gentes.

Valtario mira fijamente a la reina, pero no contesta. Sabe que esa mujer amó a su padre. La observa en silencio. Supone que

debe de tener seis o siete años más que él. Ella siempre le mostró estima y siempre protegió a su casa. Él es un gardingo, un hombre al servicio del rey. Rey... Pero ahora no hay rey, sólo una reina incapaz de poner orden en el caos que ha tenido que plegarse ante un noble de la lejana Galia al que ahora todos llaman rey aunque nadie quiera verlo nunca en Hispania.

Hispania..., tierra brava y salvaje. Su pueblo lleva peleando en ella desde hace ciento cincuenta años, pero comenzó a asentarse mucho después, y aún hoy sólo es dueño de la tierra que pisotean los cascos de sus caballos o de la que sombrean sus lanzas. Al noroeste están los suevos, pueblo de la noche y el caos llegado desde Germania; y entre ellos y los godos hay multitud de gentes extrañas y señoríos de nombres impronunciables: runcones, arengenses, astures, sappos... Por el noreste, Cantabria, tierra extensa regida por un senado de nobles, mientras que en los Pirineos se arriscan los fieros y paganos vascones. Y no sólo en el norte, que también en el sur hay ciudades y señoríos independientes: Corduba, rica y maldita, y Oróspeda, extensa, agreste e ignota.

Pero, por encima de todos los reinos, señoríos, ciudades y pueblos de Hispania enemigos de los godos, están los romanos de Oriente. Ellos son los más fuertes. Llegaron a Hispania atraídos por las promesas de Atanagildo, el difunto rey que fuera esposo de Gosvinta, quien les entregó tierras y ciudades a cambio de su ayuda contra el infortunado y maldito rey Agila, contra quien se había revelado y a quien al cabo derrotó. Y ahora ocupan los territorios que se extienden desde las columnas de Hércules hasta el río Sucro.

Pues, cuando Atanagildo quiso desdecirse de sus promesas y expulsar a los romanos de Hispania, éstos supieron enfrentarlo y obligarlo a reconocer su poderío. Ahora Atanagildo está muerto, y el reino arde en luchas fratricidas y desmanes. Son buenos tiempos para cuervos, buitres y lobos.

—¿No vas a responderme?

La reina se impacienta. Puede que ese hombre impasible se crea muy duro, pero ella está furiosa de verdad. El muy necio ha dado muerte a Oppas, y Oppas, aunque nadie lo supiera, era uno de los suyos; le había jurado fidelidad y custodiaba un secreto que

quiere guardar a toda costa. Sí, ciertamente, ahora que Oppas está muerto el secreto está bien guardado. Ese pensamiento la hace sonreír. Y así, con una sonrisa cruel y satisfecha, se levanta de su gran silla y se sitúa frente a Valtario.

Éste la contempla en su femenino esplendor. La reina es pequeña, delgada y sensual. Terriblemente bella y tentadora. Valtario retrocede un paso al recordar que su padre deseó a esa mujer cuando aún era una chiquilla.

—¿Te doy miedo? —Gosvinta malinterpreta la reacción del guerrero y amplía la sonrisa.

Valtario sonríe a su vez.

—No, tan sólo me acordaba de mi padre.

Ahora Gosvinta sí lo entiende, y mantiene la sonrisa. Sus manos pequeñas y blancas se mueven ante el rostro de Valtario.

—Te pareces mucho a tu padre. ¿Cuántos años tienes? ¿Treinta? Yo tengo treinta y seis. Tú y yo nos parecemos.

Valtario no puede evitar que sus facciones expresen desconcierto y curiosidad.

—Sí, Valtario, los dos tomamos lo que queremos y no reparamos ni en los obstáculos ni en las leyes. Sí, te pareces mucho a tu padre... —susurra roncamente la reina. Su manto de armiño cae al suelo cuando se desabrocha las fíbulas de oro y esmalte que sujetan la túnica.

Su cuerpo es un relámpago de suave blancura y, a su luz, la memoria de Valtario vuelve a las calles de lluvia y sangre de Corduba, cuando él era un niño asustado y, bajo la luz de otro relámpago, vio el esplendor del *thesaurus* de los godos. Pero ahora no es un niño, y siente que el deseo sube por sus venas mientras el cuerpo menudo y ardiente de la reina se apodera de su mente. Sabe, siente, que ella ha ganado y que él ha perdido.

Capítulo 3

Toletum, abril de 569

Hermenegildo tiene nueve años. A su lado, en el carro, llora su hermano pequeño, Recaredo. Trata de consolarlo inútilmente, así que se cansa y vuelve a mirar por la apertura del toldo. Ya se distingue la ciudad.

–Toletum –murmura, lentamente, como tratando de retener en cada sílaba todo lo que ven sus infantiles ojos: una muralla torreada, una puerta y mucha gente. Gente silenciosa, casi hosca; gente a ambos lados del camino y junto a la puerta y, en el centro, bajo el arco de entrada, un destello rojo y dorado.

Hermenegildo entorna los ojos para ver mejor. Es una mujer, pequeña y vestida de forma suntuosa. No le gusta. No sabe por qué, pero no le gusta. A su lado, su hermano pequeño sigue llorando y balbuceando el nombre de su madre.

Su madre ha sido dejada atrás. La han apartado. Él, escondido, la escuchó hablar con su padre. Sí, los escuchó, y mientras lloraba en silencio. Ahora odia a su padre. No sabe muy bien que es eso de odiar. Bueno, sí, sabe que odiar no es bueno, o eso le dice Asterio, el cura que los acompaña, pero también que cuando ve a su padre recuerda las lágrimas de su madre y el sabor de las suyas propias, y entonces se le agolpa la sangre en las sienes y desea que su padre sienta dolor. Mucho dolor, como el que se acumulaba en el rostro de su madre cuando su padre le dijo que no la llevaría a Hispania con él, sino que entraría en un monasterio.

–¿Soy un estorbo, verdad? –había respondido ella mirándolo a los ojos.

Leovigildo no tuvo valor para contestar. Sólo apartó la mirada. En ese momento, escondido tras la mesa, Hermenegildo

supo que odiaba a aquel hombre al que hasta ese momento había amado con locura.

Pero ahora estaban allí. En Hispania. Una mujer bella y horrible –¿se podía ser bella y horrible a la vez?– los esperaba vestida con magnificencia y rodeada de hombres de rostro serio. Y él, Hermenegildo, hijo de Leovigildo, era príncipe de estas tierras. ¿De qué le sirve eso? De nada. Lo que le gustaría es ponerse a llorar como su hermano. Pero él no puede llorar. Él ya no es un niño pequeño.

–Mamá...

–Deja de llorar. –Reprende a su hermano–. Esa mujer de ahí fuera se burlará de ti cuando te vea llorar. Ya se burló de mamá, y ahora se reirá de nosotros si sigues llorando. ¿Quieres que mamá sienta vergüenza de nosotros?

Recaredo alza sus grandes ojos castaños y niega con la cabeza. Tiene el rostro empapado de lágrimas y mocos.

–Pues compórtate como un hombre y deja de llorar. ¿De acuerdo?

El pequeño asiente y se limpia con la manga de la túnica. Hermenegildo sonríe como dándole aliento, y luego vuelve a asomarse para buscar a su padre.

Ahí está. Alto, siniestro, poderoso. Leovigildo, a sus treinta y siete años, sigue siendo fuerte y ancho de espaldas. Sus cabellos son dorados y su barba, espesa. Viste una túnica manicata, con mangas, de intenso color rojo, ceñida con un lujoso cíngulo de cuero y plata del que pende su espada. Sobre los hombros lleva un gran manto de seda negra forrado de piel y cuajado de bordados de oro y perlas que sujeta con una gran fíbula de oro y esmeraldas, que aletea en torno suyo y a su gran caballo. Está serio. Tenso, en realidad, a causa de la seriedad hostil de la gente que los recibe, y junto a él cierran filas sus gardingos, que perciben también la tensión. Aquello no es la bienvenida a un rey esperado, sino un duelo de voluntades y poder. Él viene para reinar. Él les enseñará cómo recibir a un rey.

De repente ve a la reina Gosvinta. Seda y oro, ojos verdes y una sonrisa desafiante y a la par seductora.

La mujer clava sus ojos en Leovigildo. No le disgusta. Mejor así, será más fácil y más grato someterlo a su voluntad, piensa.

Valtario, junto a la reina, observa al nuevo rey, un hombre en el esplendor de su fuerza. Sabe que la reina juega con él y que jugará también con el rey. Pero él es Valtario, y arrojará sus propios dados en aquel juego cuando llegue el momento. Ella es una leona..., o eso cree, pero a veces las presas fingen estar vencidas para al poco recobrar fuerzas y escapar. Él, Valtario, no es el juguete de nadie y, cuando llegue el momento, se lo recordará a la reina.

En esos momentos ella sólo presta atención al caballero vestido de rojo y negro que se le aproxima. Un *comes scanciarum*, siguiendo un viejo ritual, recibe de un servidor una copa de oro repleta de vino oscuro y se la ofrece a la reina, quien la toma entre sus pequeñas manos y se adelanta hacia el rey alzando la copa junto a su sonrisa.

–Bienvenido, Leovigildo, rey de los godos. Te saluda Gosvinta, reina gloriosa.

Leovigildo no toca la copa. En un gesto galante que sorprende a Gosvinta y atrae la aprobación de quienes los observan, salta del caballo, se aproxima a la reina, inclina la cabeza en señal de saludo y entonces, al fin, toma la copa de bienvenida y, alzándola en honor de todos los presentes, se la acerca a los labios y bebe.

–¡Yo, Leovigildo, te saludo, reina Gosvinta, y os saludo a todos, *domini regni* y hombres libres de Hispania!

Valtario sonrío. Leovigildo no es el rudo y torpe guerrero que esperaba Gosvinta. Sabe lo que se hace y, con un simple gesto, ha transformado la hostilidad inicial de los presentes en aprobación y simpatía. Gosvinta mantiene la sonrisa. No debe infravalorar a ese hombre fuerte y astuto que tiene ante sí. No volverá a cometer el mismo error. Ahora tiene que ganarse su confianza.

–Todo está dispuesto, *gloriosus rex*. Celebraremos un festín, y mañana nuestra boda.

Leovigildo es consciente de que la reina no esperaba tal giro de la situación. No se permite sonreír, tampoco que un gesto de satisfacción aflore en su rostro. La mujer es tan bella como le habían dicho y quizá más astuta aún de lo que le advirtieron.

–*Gloriosa regina*, celebremos el festín, pero no pospongamos la boda. Supongo que habrá obispo de nuestra iglesia en esta ciudad, y la espera es tesoro de la imprudencia.

Gosvinta vuelve a verse pillada por sorpresa. Vacila, y entonces Leovigildo sí se permite una leve sonrisa.

–Yo...

–No temas, mi reina. Eres una magnífica novia, y esta noche regiremos juntos Hispania.

Tras la primera victoria sobre el enemigo, magnanimidad. Tras el golpe, la caricia. Eso le decía su padre cuando lo formaba como hombre, y siempre funciona.

El sol torna rojos los cambiantes e infinitos labios del horizonte cuando el obispo arriano de Toletum los une en matrimonio. Gosvinta sonrío y tiembla al tiempo. No como temblaría una novia nerviosa, sino de rabia al ver cómo su voluntad era doblegada por aquel hombre llegado del norte.

Al fondo de la fría iglesia, Valtario ensancha su sonrisa. Después de todo, Hispania sí tiene rey. Y, según parece, la leona se ha doblegado ante el león. Junto a él, de la mano de su aya, un niño de seis años llora. Es Recaredo, el hijo menor del rey. Valtario no soporta que un niño llore. Lo desazona y lo pone furioso.

–Deja de llorar. Los hombres no lloran –le espeta, tratando de controlarse.

Recaredo mira al alto guerrero, y sus grandes ojos castaños vierten dos nuevas lágrimas.

–No estoy llorando. Me molestan los ojos.

–Así me gusta, príncipe. Verás, tengo un secreto para que no te molesten los ojos... ¿Quieres conocerlo?

El niño asiente con la cabeza, y Valtario se inclina para ponerse a su altura.

–Cuando los ojos te molesten, debes pensar en lo que más te gusta en este mundo.

–Mi mamá... –El niño está a punto de echarse de nuevo a llorar al escuchar sus palabras.

–No, no me refiero a eso –lo corta bruscamente Valtario, y suspira hondo para dominar su nerviosismo–. ¿Has oído alguna vez hablar a un pájaro?

El niño abre desmesuradamente los ojos de pura e infantil sorpresa.

–¿Un pájaro?

—Sí, yo tengo un pájaro que habla. Es un gran cuervo y, si no lloras, mañana lo traeré al Palatium y lo escucharás decir tu nombre. ¿Te parece bien?

El niño asiente con energía, y Valtario le sonrío y le revuelve el castaño cabello.

—Es un trato, príncipe. Cumple tu parte. No quiero verte otra vez con esa extraña molestia en los ojos.

Valtario sabe que acaba de conseguir algo importante. Un nuevo dado para su bolsa; un dado que algún día podrá arrojar sobre el tablero de su ambición. Se siente bien. El pequeño príncipe le sonrío, y alimentar la propia ambición con la sonrisa satisfecha de un niño siempre es agradable. No es ser bueno, pero se le parece.